



NO DEJES
DE ESCRIBIRME

Laura López Mozo

NO DEJES
DE ESCRIBIRME



Primera edición: octubre de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Laura López Mozo

ISBN: 978-84-10400-52-8

ISBN digital: 978-84-10400-53-5

Depósito legal: M-21790-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre

PRÓLOGO

Preferiría estar leyendo...

Me cruzo con una mujer muy joven. Lleva un bolso de tela, de esos que el imperialismo lingüístico anglosajón hace que llamemos tote bag con un texto que dice: «Preferiría estar leyendo...». Me fijo de nuevo en ella y en cómo se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Imagino dónde va, de dónde viene o con quién ha quedado porque me gusta el misterio que encierran las personas a las que les gusta leer, me gusta imaginar cómo y quiénes son. El bolso lo llevamos para salir, para enfrentarnos o ponernos de cara al mundo y sus responsabilidades o quehaceres... y que ponga algo así en tu bolso es casi como decir que estás donde no quieres o que haces otra cosa diferente de la que te gustaría. Así es la vida... A mí me encantaría ser quien está leyendo este prólogo porque me gustaría ser la persona que aún no ha leído la novela que tienes entre las manos. Sí, te envidio porque me gustaría poder leer de nuevo por primera vez *No dejes de escribirme* de Laura López Mozo.

Laura López Mozo elige a un profesor de literatura que atraviesa una importante y, por desgracia, demasiado común

crisis de la mediana edad para dar voz a su narración. Con él vamos a vivir la encerrona en la que nos mete el tiempo, el sacrificio, las grietas del sistema educativo, el cansancio vital y profesional, la ausencia de sentido, las promesas incumplidas y las exigencias de productividad del neoliberalismo más atroz. Pero también la responsabilidad afectiva, la salud mental, el valor de la escritura y la forma en que las cosas cambian y adquieren un sentido que creíamos perdido. Como si fuera un manual de cómo recobrar la esperanza, nuestro protagonista va dejándose por el camino las capas de su armadura y allí dónde nada, ni nadie podía tocar, vuelve a sentir su propio tacto, quizá lo más valioso que podemos perder. Terminará gozando, aceptando y encontrando el lugar donde se juntan el placer y el dolor, el sacrificio y la recompensa, la ofrenda y la plegaria atendida.

La profusión de temas que trata esta novela se sucede con una naturalidad abrumadora y cercana, tan próxima que parece que van aflorando de la pluma de la autora con la facilidad de quien maneja las palabras, al tiempo que se deja llevar por ellas. Como si el acto y la acción de escribir fueran un mantra físico en el que la mano va sola y la mente deja fluir el suceder de una acción sin pausa. Todo ello hace que su lectura atrape y sorprenda con cada golpe de timón que dibuja la trama.

Además, tiene la apariencia de la sencillez y la fuerza de un estilo propio que sabe conjugar la acción y la reflexión, la agilidad y la pausa, mezclando la cultura popular contemporánea con una mirada puesta en grandes títulos de la literatura o el arte universal. Y es que la novela es como

una piscina que se va llenando para que podamos sumergirnos, se va armando de a poco, pasando de la primera persona a la novela epistolar por medios contemporáneos (vía correo electrónico) o al diálogo como mecanismo narrativo. En este punto, no puede negar que es hija del tristemente fallecido dramaturgo Jerónimo López Mozo.

Laura López Mozo narra con sinceridad, dejándose tocar. Sabe, además, que el ser humano es el único que siente la necesidad de narrarse a sí mismo, de depositar en la palabra un resumen de sus acciones, ese concepto que algunos llaman *homo narrans*. Por eso, le concede tanto valor a las palabras, a la idea de lo nombrable como lo único que existe. Pero también juega con la agri dulce sensación que deja en el ser humano la imposibilidad de definir determinadas cuestiones o sentimientos de la vida, como si la propia palabra fuera elocuencia y limitación, luz y oscuridad. Y ahí, solo nos queda el arte como medio de acercarnos, de asomarnos un poco si quiera a aquello que nos resulta incomprendible, quizá nosotros mismos. El arte sería el último refugio, la sede central de un hedonismo que mantiene la lucha directa contra la productividad que se nos exige en los tiempos que corren.

Y es que, esta novela es una hermosa promesa que se lee de un tirón, se devora, casi que se come con las manos y hace que terminemos chupándonos los dedos. Y como seguramente preferirán estar leyendo la obra de Laura López Mozo, les dejo con ella, pero permítanme un deseo: buen provecho.

félixestaire2M24

CAPÍTULO 1

Me tiro en el sofá y empiezo a palpar a mi alrededor a ver si encuentro el mando de la *tele*... Aquí está. Como siempre, entre los asientos. Pero no... prefiero hacer el esfuerzo e incorporarme ligeramente para poder sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón... Vaya, ja, ja, ja; pues si al final será verdad que pertenezco a la generación bisagra. La única generación analógico-digital. Los *xennials*. Bueno, parece que nos hemos adaptado bien... Quizá no sea el ejemplo más acertado, pero me ha venido a la cabeza. Me he visto con el móvil en una mano y el mando a distancia en la otra y aunque la elección no es propiamente entre algo analógico y algo digital, me ha parecido que lo de tirarse en el sofá y poner la tele es muy de los 90. Por eso no cojo el mando, me decanto por buscar una de las series que estoy viendo en el móvil, en Internet. La encontré traducida en una plataforma web, pero ya se sabe que nada es gratis en la vida. Supongo que el precio, por otro lado, irrisorio, que tengo que pagar por la gentileza de alguien que no solo ha subido la serie a la plataforma, sino que ha traducido y subtitula-

do los capítulos, es la mierda de publicidad que hay que aguantar.

Se trata del anuncio de un banco. En serio, ¿alguien se traga esa basura? Siempre me ha fascinado la publicidad por muchos motivos. Supongo que nadie se gasta millones en hacer un anuncio pensando que no va a funcionar y que al final el destinatario no se va a dejar embaucar por ese eslogan. Hay anuncios que son verdaderas experiencias emocionales, que son catárticos. Lo dice alguien que se ha emocionado, hasta llorar, con más de uno y que, sin embargo, nunca, en la vida, ha comprado ni uno solo de los productos publicitados. Tengo una selección de anuncios de televisión que trabajo con mis alumnos cada año cuando toca ver el tema del lenguaje publicitario. Algunos son muy antiguos, pero sigo pensando que son grandes anuncios. Me emociona especialmente el de «Coca-Cola para todos». Muchos de los de esta marca son geniales. Qué magnífico alegato a la inclusión, a la maravilla de un mundo de diversidad y, al mismo tiempo, qué original... Evidentemente, su finalidad no era reivindicar nada, pero los mensajes con ese sabor a reclamo, venden. Me gustaría conocer más sobre la historia de este anuncio y sobre el hombre que lo desarrolló, Martín Mercado: «Para los gordos, para los flacos, para los altos, para los bajos, para los que ríen, para los optimistas, para los pesimistas, para los que juegan, para las familias, para los reyes, para los magos...» y como imagen un fondo neutro, sobre él, el producto en cuestión, en consonancia con a quién va dirigido. Una botella ancha, para los que se pasan de

kilos; una estrecha, para los que cumplen con el IMC; una grande de dos litros; otra pequeña; la abertura de una lata que se asemeja a una sonrisa; una botella medio vacía o medio llena, según se mire, si eres del grupo de los entusiastas o de los derrotistas; tres botellas en diagonal metidas en una caja cuadrículada semejando el juego tres en raya; un grupo de botellas de diferentes tamaños, los padres y la prole... Para los reyes, dice, y aparece una chapa boca arriba con su característico borde dentado como si fuera una corona, ¿y los magos? El cerco que ha dejado la condensación de una botella y que va desapareciendo según se va evaporando... ¡Absolutamente genial!

Sí, creo que el próximo día de clase adelantaré el tema del lenguaje publicitario y comentaré con los chavales este anuncio...

Bueno, odio la Coca-Cola y no he comprado una en mi vida.

Pero sigue siendo un buen anuncio, consiga o no su cometido. ¿Estarían de acuerdo conmigo los publicistas? Sin embargo, ese otro del banco es un insulto a la inteligencia, y esos son los que me indignan... Posiblemente no sea la publicidad lo que me cabrea, sino el hecho de saber a ciencia cierta que hay gente con la que va a funcionar y, entonces, me invade un terrible sentimiento de misantropía. Y eso no es sano y no es justo, porque ese sentimiento conlleva necesariamente otro de superioridad que para nada deseo tener, porque, de verdad, no me considero ni moral ni intelectualmente mejor que los demás... Por lo menos no que la mayoría.

Suena el teléfono y me asusto. Lo tengo en la mano. Me quedo mirándolo sin saber exactamente qué está ocurriendo. Hago un esfuerzo por fijarme en lo que aparece en la pantalla y veo el nombre de Damaruki (qué nombre tan sugerente). Descuelgo el teléfono y sé realmente lo que va a suceder. Desde el otro lado oigo:

—¿Qué le dice un jardinero a otro? Nos vemos cuando podamos.

No sé si reír o llorar... Quizá sea mejor reírse... No estoy en condiciones de que me pregunten por mi estado anímico. Realmente nunca lo estoy y casi nunca me preguntan... Esto me recuerda a un artículo muy interesante que leí del filósofo surcoreano, Byung-Chul Han, en el que afirmaba que vivimos en una sociedad cada vez más narcisista. Parece ser que padecemos un ombliguismo crónico derivado de un capitalismo que cifra el éxito en la productividad individual desmedida. Capitalismo, productividad... Qué sórdidas me resultan estas palabras.

Damaruki es una profesora compañera del colegio. Sus padres son indios, pero ella no nació en el país de los elefantes. Su nombre significa «sonido de emoción». Sé que si me oyerá describirla en estos términos se llevaría un gran disgusto. No me cabe duda de que para ella somos amigos. Nos conocemos desde hace más de 10 años y mantenemos una relación extramuros. Salimos juntos a cenar, yo he estado en su casa y conozco a su marido y a sus hijos, y ella ha conocido a un par de parejas que he tenido.

Creo que nunca he sentido que haya tenido un amigo realmente. Amigo en el sentido en el que los demás lo en-

tienden. Pero para mucha gente soy un gran amigo. Y posiblemente sea cierto. Soy simpático, me preocupo por los demás, sé escuchar y dar buenos consejos si son requeridos. Todo lo que detesto que hagan conmigo. Aunque todavía nadie lo ha hecho. Posiblemente sea un gran cínico.

El otro día me impactó profundamente algo que leí en una novela para adolescentes adultos. Leo cosas dirigidas a adolescentes porque creo sinceramente que es parte del trabajo de un profesor intentar conectar con ellos a través de la música que escuchan, de sus lecturas, de sus aficiones... El título es *Sin amor*, y la autora, Alice Oseman. Es realmente interesante el tema que aborda, la asexualidad y el arromanticismo. Cuenta la historia de una chica, Georgia, que parece ser el *alter ego* de la autora, y el difícil e intenso camino que recorre para aclarar su identidad sexual. Una vez que asume su condición de asexual y arromántica, le invade una tremenda angustia. En un mundo donde el sexo y el amor romántico son el epicentro de todas las cosas, ella tendrá que aprender a lidiar con la incomprensión y con una vida condenada a la soledad. Nunca se enamorará, nunca compartirá su vida con alguien ni formará una familia. Y he aquí lo que me impactó profundamente: una hermosa declaración de amor no romántico por parte de una amiga, que es capaz de verla, de sentirla y de entenderla. Que le ofrecerá lo que sabe que desea y no podrá obtener de otra manera:

Georgia, nunca voy a dejar de ser tu amiga. Y no lo digo en el sentido aburrido de esa amiga a

la que se deja de hablar con regularidad cuando cumple veinticinco años porque las dos han encontrado unos chicos maravillosos y empiezan a tener hijos y solo se ven dos veces al año. Me refiero a que voy a perseguirte para que compres una casa al lado de la mía cuando tengamos cuarenta y cinco años y finalmente hayamos ahorrado lo suficiente para nuestras hipotecas. Me refiero a que me pasaré por tu casa cada noche para cenar, porque ya sabes que no tengo ni la más jodida idea de cocinar, y, si tengo hijos y una esposa, probablemente vendrán conmigo, porque de otra forma tendrán que sobrevivir a base de alitas de pollo y patatas fritas. Me refiero a que voy a ser yo la que te lleve la sopa cuando me mandes un mensaje de que estás enferma y no puedas salir de la cama, y quien te llevará al médico cuando no quieras ir porque te sientas culpable por utilizar los servicios de la sanidad pública cuando solo has tenido un virus estomacal. Me refiero a que vamos a derribar la verja que separe nuestros jardines para tener un gran jardín, y a que ambas podamos tener un perro y cuidarlo por turnos. Me refiero a que voy a estar ahí, dándote la lata, hasta que seamos unas viejecitas sentadas en la misma residencia de ancianos, hablando sobre cómo montar una obra de Shakespeare porque somos muy viejas y estamos muy aburridas.